

2. EXPANSION BRASILEÑA

Hacia el Imperio Americano.

La caída de rosas significó algo más para Brasil que el orden y la unidad, tan necesarios desde los días de Ipiranga. Desaparecieron para siempre los propósitos separatistas, se acrecentó el prestigio de Pedro II, se cimentó el orden con una aristocracia de sentido patriótico, y la formidable riqueza del café producido a mano servil (*la institución peculiar*, decían los brasileños) a un precio sin competencia en el mercado mundial, pareció consolidada para siempre. Llegó la *hora imperial*, y todos los comprendieron: fueron excepcionales los periódicos republicanos, desaparecieron los socialistas y apenas unos pocos teóricos sin otra clientela que algunos estudiantes *humanitarios* soñaban con republicas edilicias de fraternidad universal.

Renacieron las viejas esperanzas del *Imperio Americano* adormecidas desde Juan VI, y que el desastre de Ituzaingo en 1827, las tormentas del *abrilismo* del 1831, los separatistas de 1835 y el socialismo de 1848 no habían conseguido extinguir. Los hombres de la era *saquaresma* – sin duda los patriotas más eficaces de Brasil en toda su historia. – se lanzaron a la conquista del Río de la Plata, el *muro de contención* puesto por Carlos III a la expansión lusitana en el siglo XVIII y que, pese a las resquebrajaduras, resistió hasta Caseros y con Rosas pareció que acababa con Brasil mismo.

La hegemonía se vislumbró en enero de 1851 cuando el canciller Paulino supo por su agente Silva Pontes en Montevideo que el jefe argentino del ejército de Operaciones quería pasarse a Brasil, siguió con la “alianza” del 29 de mayo, tomó forma con los tratados del 12 de octubre, y se consolidó en Caseros y la entrada triunfal en Buenos Aires. Hubo su pequeño epílogo porque los *castellanos* no se resignaban a su suerte; pero Honorio Hermeto hizo saber con elocuencia a Urquiza y a los orientales que Brasil había ganado una guerra fundamental en su destino.

No era la resistencia nativa el principal obstáculo a la expansión imperial. Los ingleses harían lo posible para contener, en justos límites, el engrandecimiento brasileño y recoger en su provecho la herencia de rosas. Inglaterra tenía la posición prominente en el mundo, el *Cormorant* y el *Rifleman* habían conseguido en 1850 en el litoral atlántico, lo que no pudieron en *Obligado* en 1845. Pero la *Royal Fleet* con todo su poder no pudo quitarlo a Rosas, y Brasil lo había logrado porque su posición geográfica le daba rapidez en los movimientos, y sobre todo por su conjunto de políticos decididos como Honorio, o diplomáticos como Paulino, hábiles para conducir con sigilo. Al fin y al cabo la herencia española era grande, y todos podían tener su hijuela: Inglaterra su comercio y Brasil su Imperio americano. Como en 1808.

En los tratados de 1851, Honorio y Limpio se contentaron con el dominio de la República Oriental como honorario de la caída de rosas; apenas si insinuaron la separación de Entre Ríos y corrientes de la confederación para sujetarlas – si se presentaba la oportunidad – a la protección imperial. Más o no se podía hacer. La reincorporación de la cisplatina, independencia nominal de la Mesopotamia, el dominio brasileño de Martín García y río de la Plata hubieran sido en esos momentos “locas intenciones a que las terceras potencias pondrían impedimento”, decía *O Brasil*, el diario de Paulino²¹⁹. La *moderación* de los tratados, confesaba el canciller brasileño, “hará buena impresión en Europa”²²⁰, e Inglaterra no cruzaría – por el contrario – la guerra contra rosas.

La expansión brasileña exigía decisión y cautela. Los tratados de 1851, aceptados por Palmerston como un premio razonable por la caída de rosas, significaban la expansión fronteriza y la tutela política, militar, económica y financiera de lo que quedaba de la República Oriental. Nada de *Cisplatina* por el momento, debiendo Paulino y Honorio frenar el ansias de Lamas y Herrera y Obes, ansiosos de llegar los primeros a la mesa de los nuevos dueños de ansiosos de llegar los primeros a la mesa de los nuevos dueños de su tierra; la Cisplatina vendría cuando estuviesen maduras las cosas; cuando Inglaterra, en salvaguardia de su comercio, y Francia de sus residentes, reclamasen al Imperio que anexase la difícil tierra de Artigas como única garantía de orden.

Paraguay, cuya emancipación de la Argentina se apoyó eficazmente en 1842, era considerado – fue un gran error de los estadistas brasileños – algo así como una pertenencia virtual que no podía negarle la parte del león en los límites y el libre tránsito fluvial, hasta que llegase el momento de sujetarlo a una protección permanente. Los ingleses que esperaban cosechar algodón en el chaco y los norteamericanos que soñaban con *stearmers* remontando el río, no se opondrían a la dominación brasileña. Sobre todo si se atinaba a alimentar recelos criollos en su contra. Los argentinos no contaban; o mejor dicho, contarían como auxiliares de la expansión lusitana en caso de una imprevista resistencia guaraní.

En la Argentina, los “restos del naufragio” disputados entre Urquiza y Alsina no harían sombra al Imperio. En Caseros se había concluido para siempre, si se obraba con inteligencia, el tiempo en que una Confederación Argentina podía permitirse una política internacional propia.

²¹⁹ Num. Del 28 de noviembre de 1851.

²²⁰ *La caída de Rosas*, p. 499.

Lo sabía Paulino al aceptar el 11 de marzo de 1851 la propuesta de Urquiza de pasarse a sus filas. La Confederación Argentina sin Rosas no sería un obstáculo, por el contrario, a la expansión brasileña: “Urquiza no tendrá remedio sino apoyándose en Brasil y siéndole leal – adjuntaba a Silva Pontes la instrucciones a llevarse al militar argentino -. Las cuestiones internas que para ello nacerán de estas novedades (la caída de Rosas) ha de ocuparlo y embarazarlo bastante para que se acuerde de complicarse con nosotros”²²¹.

La Argentina marcharía por el rumbo señalando en río de Janeiro, con visto bueno en Londres. Se repartiría a los ingleses una parte de los beneficios si se conseguía un entendimiento razonable.

Gabinete Paraná (6 de septiembre de 1853)

Para conducir la hegemonía era conveniente unir a *saquaremas* y *luzias*. Es cierto que el “entendimiento del orden” aproximó en 1848 a la mayor parte de los liberales con sus tradicionales enemigos para salvar la monarquía y la esclavitud de la marea republicana y socialista arribada desde la convulsionada Europa. Esa aproximación debía completarse con una efectiva participación, así no habría problemas internos al darse el paso más decisivo de la historia de Brasil.

Desde el regreso de Honorio del Plata en junio de 1852, con los tratados de 1851 conformados y garantizados, se supo que sería jefe de gabinete de *conciliación*. Nadie mejor que el férreo vizconde de Paraná (Pedro II le acababa de dar el título) para conducir el engrandecimiento con energía.

Había un obstáculo, y era la insolencia de Honorio con el joven emperador en 1844 (al llamarlo “*crianza molhada*”) que lo obligó entonces a renunciar y no le permitió integrar ministerios durante nueve años. Pero era imprescindible la jefatura del *Indobregavel* en esas horas decisivas y Pedro II atinó a deponer rencores. Empezó por hacerlo vizconde de Paraná demostrando que había vuelto a su gracia (más tarde lo elevaría a marqués), y cuando llegó el momento le confió el gobierno de conciliación que sustituiría al exclusivamente *saquarema* de Monte Alegre.

La *conciliación* estuvo en el pensamiento de todos antes que el emperador llamase a Honorio. Públicamente se barajaban nombres de ministros: Honorio, Caxias, Limpio de Abreu 8 ahora vizconde Abaeté). Es conjeturable que el flamante Paraná quisiese mantener a Paulino, que tan eficaz y gloriosamente condujo el pronunciamiento de Urquiza y la guerra contra la Confederación, pero la conveniencia política debió eliminarlo. Abasté (en el Brasil imperial la imposición de un título eliminaba el apellido) era jefe de los *luzias* y debía integrar la conciliación en el ministerio de Extranjeros que era su especialidad. Paraná encontró la solución: compensó a Paulino con una banca de senador y el título de vizconde de Uruguay.

Paranhos en Montevideo (1852-1853).

José María de Silva Paranhos (más conocido en la historia por el título, concedido más tarde, de vizconde de Río Branco) llegó a Montevideo en noviembre de 1851 como secretario de Honorio. Después de la partida de éste, en junio del año siguiente, quedó para conducir la política brasileña: se le dio la categoría de *ministro residente*, pero no obró como diplomático sino como virrey de territorio anexo.

Tanto Paranhos como su sucesor Amaral desde 1854, se valieron de sus poderes políticos, financieros y militares para enfrentar los partidos uruguayos, apoyando indistintamente a blancos y colorados. Menudearon las “revoluciones”, para hacer imposible todo gobierno. Una restricción en las entregas de *subsidios* (uno de los de octubre del 51), alguna exigencia en el cobro de las deudas atrasadas, y sobre todo el apoyo en dinero y armas a quien golease la legación imperial, serviría para desmoronar un gobierno tras otro, hasta que la gente “de orden”, y sobre todo el comercio inglés y los residentes franceses, pidieran la ocupación militar prevista en los tratados de 1851 que, manejada con tino, se haría permanente.

Pese a la cautela brasileña el propósito trascendió: “Muchas veces el doctor José María Muñoz y yo- dice Juan Carlos Gómez²²²- hemos repetido al señor Paranhos, ministro brasileño en Montevideo, estas palabras: *no hay pleito entre colorados y blancos; el Brasil quiere crear el pleito*”. Eduardo Acevedo escribe en agosto de 1853 sobre la algarada del 18 de julio de ese año (que veremos después): “El motín...no vino a responder ninguna necesidad del país; se debe exclusivamente a la política insensata de los estadistas brasileños que crean favorecer los intereses de su nación aniquilando la nuestra para absorberla después más cómodamente”²²³.

Gobierno de Giró (1852-1853).

Juan Francisco Giró fue presidente oriental en marzo de 1852, porque el candidato de Brasil – el general Garzón – murió antes de ser elegido²²⁴. Giró era *blanco*, y estuvo en el Cerrito con Oribe²²⁵. Consciente de su

²²¹ *Ibidem*, p. 388.

²²² E. Acevedo, Historia del Uruguay, t. IV, p. 229.

²²³ *Ibidem*, t. IV, p. 232.

²²⁴ Ver antes, t. v, p. 498.

débil posición, trató de hacer un gobierno nacional llamando a un hombre de la Defensa, el general César Díaz, al ministerio de guerra, y dando el de gobierno y relaciones exteriores a un apolítico, el doctor Florentino Castellanos. Inútilmente quiso eludir los tratados de octubre apoyado por todos los orientales, menos algunas personalidades de la Defensa; ingenuamente creyó que Urquiza lo sostendría, porque no entendió del todo lo ocurrido en Caseros. Encontró que Urquiza apoyó a Brasil, y su propio ministro de guerra incitado por Paranhos²²⁶ le preparaba una revolución. Debió aflojar.

Al cumplirse los tratados de 1851, la conspiración de César Díaz fue dejada de lado por los brasileños. Díaz, demasiado en evidencia, renunció, sustituyéndolo otro *colorado*, el coronel Venancio Fores.

No faltaban pretextos para una revolución colorada: Giró había reconstituido la *Guardia Nacional* oponiendo una milicia fiel al ejército de línea comandado por hombre de la Defensa; los sueldos se atrasaron porque Brasil retuvo los ingresos fiscales (por los tratados de 1851 tenía participación en la recaudación y distribución de la renta)²²⁷. Muchas jefaturas departamentales estaban ocupadas por *blancos* y no por *colorados*.

A principios de julio Flores renunció al ministerio (ya lo había hecho Castellanos cansado de la intromisión imperial); Giró quiso mantenerlo: “Si usted sale del ministerio, yo salgo de la presidencia...pende la sombra de independencia y nacionalidad que tenemos”²²⁸. Ante la obstinación de Flores y negativa de otros *colorados*, nombró un blanco, el general Brito del Pino, en la cartera de guerra. Otro blanco, el Dr. Bernardo P. Berro, tenía la de gobierno. Esto produjo la revolución.

“Puede decirse – comenta Eduardo Acevedo – que la legación brasileña era el centro obligado de todas las reuniones encaminadas a precipitar la caída de Giró”²²⁹.

La oportunidad fue la parada de las tropas de línea (*coloradas*) junto con la guardia nacional (*blanca*), en ocasión de la fecha patria del 18 de julio. “En la noche del 17- escribe el *colorado* Juan Carlos Gómez- estaban reunidos en la legación brasileña a cargo del ministro Paranhos, don Manuel Herrera y Obes, don Juan Miguel Martínez, el general Melchor Pacheco y otros muchos ciudadanos (*colorados*)”. Al día siguiente los veteranos de línea ametrallaban a los guardias nacionales en la plaza Mayor (“Constitución”), y Giró debió esconderse bajo el ala protectora de Paranhos.

El brasileño aconsejó la disolución de la guardia nacional, salida de los blancos del gabinete y su reemplazo por dos *colorados*: Flores en guerra y Herrera y Obes en gobierno y hacienda. Tras algunos forcejeos, Giró aceptó que Flores tuviese la cartera de guerra y Herrera y Obes la de hacienda, pero él mantendría al blanco Bernardo P. Berro en gobierno.

Caída de Giró (23 de setiembre, 1852).

Algún tiempo tiró maniatado presidente, pero las exigencias de Paranhos fueron cada vez mayores. El 23 de setiembre Melchor Pacheco preparó el golpe: una algarada civil con apoyo de los regimientos de línea. Nuevamente Giró buscó la protección de Paranhos. Lo dijo éste, cuando en 1855 fue ministro de Extranjeros de Brasil.

“El 23 de setiembre de 1853 – explicó Rfo Branco – fui consultado por el ministro del señor Giró (indudablemente Berro) sobre el apoyo que el ministro imperial prestaría a al autoridad. Contesté que no podía prestara poyo material alguno, que no podía desembarcar los marineros que teníamos en el puerto para exponerlos a un sacrificio de sangre en las calles de Montevideo.....Pocas horas después comunicaba el presidente por intermedio del ministro que estaba dispuesto a otorgar concesiones, pero que deseaba que la legación del Brasil ejerciese influencia para dominar la revolución”²³⁰.

²²⁵ Como lo he transcrito antes (t. v, p. 479, nota), Honorio explicó a Paulino en informe del 15 de noviembre de 1851 “la necesidad de transigir con el partido blanco....porque desdichadamente el partido que defendió la plaza de Montevideo contra las fuerzas armadas de Rosas y Oribe es sólo una pequeña fracción, no contando con los extranjeros”. Pero los *colorados* quedaron dueños del ejército.

²²⁶ Honorio y paranhos narran en sus informes confidenciales los tramites de este complot impulsado por ellos (*La caída de Rosas*, p. 575). El general Díaz pedía el apoyo de un regimiento de caballería brasileño.

²²⁷ “Nos encontramos cada día peor de recursos – escribe el ministro de guerra Venancio Flores al de gobierno, Castellanos, en noviembre de 1852 -.

Hoy estamos sin pagar la lista militar y civil y van corriendo 3 meses; todo el mundo se desespera de miseria.....Yo creo indispensable y como único recurso tocar al gobierno del brasil a ver si nos da el subsidio para salir de este estado”.

“A los empleados públicos se les deben sus sueldos de 4 meses, dijo el ministro de hacienda a mediados de 1853, en la cámara de diputados. Pocas semanas después Juan Carlos Gómez en la misma cámara denunciaba que el atraso aumentó a 5 meses (Acevedo, o. c., t. IV, p. 145).

²²⁸ Acevedo, o. c., t. IV, p. 74.

²²⁹ *Ibidem*, t. IV, p. 185. Melchor pacheco y Obes tenía una curiosa idea de la situación. Escribe a Fructuoso Rivera en Brasil: “Opiné por una revolución como el único medio de salvarnos porque yo veía que triunfante Urquiza en Buenos Aires por el vencimiento de la escuadra de ésta, se repetiría la injerencia de un caudillo argentino en nuestros negocios con el fin de aniquilar al partido político nuestro que quiere antes que todo la independencia de la patria”. (cit. por Acevedo, o. c., t. IV, ps. 75/76).

²³⁰ Acevedo, o. c., t. IV, p. 76. en esa sesión el senador Moctezuma atribuye la caída de Giró a negarse a confirmar a Andrés Lamas como ministro uruguayo en Río de Janeiro: “Elija cualquier otro, menos ése”, habría dicho a Paranhos.

Paranhos no pudo o no quiso parar la revolución (es conjeturable lo primero, por lo que vendrá). Aunque Giró aceptaba todo del “agente diplomático de un país protector, que reducía a Montevideo al protectorado de Brasil”²³¹. En retribución pedía una sola cosa: que Melchor Pacheco, cabeza visible de la revolución que habría de estallar esa noche, saliese del país. Paranhos se comprometió a conseguirlo.

Pacheco tenía reunida su gente – unos 200 – en una fonda de la plaza con el pretexto de un banquete. O no hizo caso a la sugerencia de paranhos, o ésta no llegó.

Al llegar la noche y como Melchor seguía en Montevideo y el ministro Flores tomaba posición con sus regimientos frente a la casa de gobierno. Giró se asiló en la legislación francesa²³². Melchor con su gente llegó a la vacía cada de gobierno e instaló a los suyos. Como *pueblo soberano* los doscientos desposeyeron al presidente y las cámaras.

Ni Flores asumió el gobierno a título de jefe de la fuerza militar ni hubo la habitual reunión en la legislación de la fuerza que era lo buscaba por Paranhos. Un imponderable, de los que tanto abundan en la historia, surgió con Melchor Pacheco y Obes y al situación se le escapó momentáneamente de las manos al brasileño.

“El triunvirato patriótico” (26 de septiembre de 1853)

Para “resolver los destinos del país” Pacheco llamó el 26 a *junta de notables* en la casa de gobierno. Acudieron el viejo Lavalleja, reliquia de tiempos heroicos, junto a cesar Díaz, Juan Carlos Gómez, Lorenzo Batle, Santiago Sayago y otras figuras del coloralismo a elegir gobierno. Paranhos ordenó que se diese el gobierno a Flores, pero los notables (tal vez para desprenderse de la tutela brasileña) le acoplaron dos “próceres” pocos gratos al Imperio: Lavalleja, aunque postrado por la edad, y Rivera, recientemente liberado de su confinamiento en Brasil. Flores y Lavalleja asumieron sus cargos inmediatamente, y se escribió a Rivera – que estaba en Brasil – que volviese a la patria. En la misma junta se hizo a Melchor al triunvirato), repartiéndose los ministerios entre los asistentes Juan Carlos Gómez, Lorenzo Batle y Santiago Sayago.

Como jefe de las fuerzas militares, Pacheco era el dueño de la situación, lo que tal vez estuvo en su propósito, pero no la supo – o no pudo – consolidar. Paranhos le hizo decir, reservadamente, que su salida del gobierno del país era una condición de los blancos para aceptar el triunvirato²³³, y Melchor se fue no más: “Ahora que nadie puede dudar que si yo quisiera el más alto destino lo tendría, ahora me retiro sin asomo de descontento personal que no podría atribuírseme tratándose de una administración donde figuran Batle, Juan Carlos Gómez y Lavalleja”, informó a sus amigos²³⁴.

Tal vez los prestigiosos nombres de Lavalleja y Rivera hicieron que el “colegiado” no fueran resistidos; únicamente Manuel Oribe se tomó un buque y se fue a España. El mismo giró abandonó su refugio volviendo a su cada de Montevideo. En el interior los blancos aceptaron resignados el nuevo orden de cosas; sólo el difícil Dionisio Coronel se resistía en las cuchillas de Cerro Largo.

El 22 de octubre Lavalleja moría en su despacho de la casa de gobierno quedando Flores exclusivamente, porque Rivera viajaba desde Brasil en forma pausada. Todo estaba tranquilo, pero entonces ahórranos dio un vuelco de 180 grados: desconoció a fines de octubre al triunvirato cojitranco y sostuvo, inesperadamente, que el gobierno legítimo era de Giró, primer asombrado de este espaldarazo tardío.

El inesperado reconocimiento del *gobierno constitucional* “era el medio – dice Eduardo Acevedo” que no desapareciera el estado de guerra en este ensangrentado suelo que el Imperio había decidido anarquizar para absorberlo más rápidamente”²³⁵. Paranhos sacó al desgraciado Giró de su cada llevándolo custodiado a la legación brasileña; allí le hizo firmar documentos como presidente y manifiestos incitando a resistir a “los anarquistas”. En consecuencia, los blancos se levantaron para sostener su gobierno. En noviembre se pelea en toda la República: Diego Lamas se levanta en San José, Bernardino Olid en Maldonado, Jacinto Barbat en Tacuarembó, Lucas Moreno en Colonia, Dionisio Coronel en Cerro Largo.

Bernardo Berro dirige la lucha desde un buque brasileño (donde Paranhos también traslada a Giró “para quedar en situación de instalar su gobierno en cualquier parte” dominada por los blancos)²³⁶.

“La legación brasileña está resuelta a sostener nuestro gobierno” escribe Berro a Dionisio Coronel, seguramente con desconcierto del viejo guerrero de la resistencia a *macacos y gringos*²³⁷.

²³¹ Frase del diputado brasileño Ferry en 1854 (Acevedo, o. c., t. IV, p. 82).

²³² La fuga del presidente desconcertó por un momento a los anarquistas – informa Eduardo Acevedo al argentino Juan José Soto el 30 de septiembre de 1853-. Ese día pretendían llevar la violencia a sus últimos extremos”.

²³³ “La legación había conseguido que Pacheco se decidiera a salir”, confesó paranhos en el senado brasileño en julio de 1855. (Acevedo, o. c., t. IV, ps. 91/92).

²³⁴ Pacheco y Obes a Francisco Tajés (cit. por Acevedo, o. c., t. IV, p. 209).

Sin perjuicio de sus méritos como patriota y soldado, se puede calificar, a Melchor, justicieramente, como un tarambana. Bastará recordar su misión a Europa en 1850 (estudiaba en el t. V, p. 350, El millón de Melchor). Pero tenía decisión, sabía imponerse, y su prestigioso en los militares era considerablemente mayor que el de Flores entonces. Obraba por impulsos cuyos efectos casi siempre resultaban opuestos a sus propósitos, como siempre ocurre a los hombres como él. Juan Carlos Gómez no sólo era su admirador, sino una reproducción – en civil – del original.

²³⁵ O. c., t. IV, p. 216.

²³⁶ Ibídem, t. IV, p. 220.

“La guerra civil que estalló en noviembre de 1853 – confesaría años más tarde Juan Carlos Gómez, ministro del Triunvirato – fue obra de la política brasileña. No hay en la República Oriental un solo hombre blanco o clorado que no tenga, hoy (1855), ese convencimiento”²³⁸.

Las primeras batallas fueron desfavorables a los colorados. Flores, salido a campaña, es batido por Lucas Moreno; poca vida quedaba al gobierno revolucionario.

Hubo alborozo entre los blancos de Montevideo, y César Díaz a cargo del gobierno por ausencia de Flores ordenó el degüello de *los anarquistas* (el término era de rigor) y expropiación de sus bienes²³⁹.

El ministro Amaral. Intervención militar brasileña (enero de 1854).

Ante ese terrorismo, el ministro de negocios extranjeros de Río de Janeiro – a cargo del vizconde de Abaeté hizo saber al cuerpo diplomático el 15 de enero que “la situación (oriental) sigue empeorándose, la población acaba de sufrir una nueva pérdida de 15.000 almas, la corriente inmigratoria que aflúa a Montevideo se dirige a otros puertos, los capitales que habían empezado a aparecer vuelven a ocultarse...y lo que es peor que todo, las pasiones y los odios civiles se enfurecen cada vez más por la proscripción de hombres, secuestro de sus bienes y violencias de toda especie...(En consecuencia) el Brasil ha resuelto intervenir de acuerdo con los tratados de alianza de 1851 porque entiende que tal actitud será mirada como un acontecimiento feliz por las naciones amigas....(Brasil) se limitará a asegurar la existencia del Estado, el ejercicio de los derechos de todos sus habitantes, la paz y el sosiego público y el establecimiento de un gobierno regular y durable...(Brasil) no quiere para sí cualesquiera fuera las circunstancias, ningún predominio ilegítimo en el Estado Oriental...(ni ningún aumento territorial”²⁴⁰.

Antes de finalizar enero otro ministro residente, José María Amaral, reemplazó a Paranhos llamado por Honorio a la cancillería imperial. Otro vuelco se produjo: el 30, Amaral informó al agónico gobierno de Flores que Brasil lo reconocía como “gobierno legítimo” a pesar de la situación de *facto* y desconocía, en consecuencia, la autoridad constitucional de Giró (que seguía en el buque brasileño), y además le ayudaría a restablecer el orden con las fuerzas navales que había en Montevideo, y un ejército de más de 4.000 hombres, provisoriamente puesto en la frontera. En su discurso de recepción del 31, el brasileño agregó que venía “a prestar a la noble Nación Oriental la cooperación del Brasil, desinteresada pero enérgica, para el restablecimiento del orden, la paz y las instituciones constitucionales”.

Por descontado el mismo día 31 de enero, horas después de la recepción de Amaral, Flores y su nuevo ministerio (Gómez, Batle y Díaz se negaron a hacerlo y debieron retirarse) aceptaban la intervención brasileña, reconociendo en los actuales momentos, como la de la mayor importancia la entrada al territorio de la República de una fuerza de 4.000 hombres del ejército brasileño de conformidad a las altas y elevadas miras de S.M. el emperador del Brasil, que importa la más eficaz garantía para los intereses generales de la Nación que S.M. tan generosa y dignamente protege....”.

Los blancos se batieron en retirada ante el hecho de la intervención, Coronel, Barbat y Olid traspusieron la línea de Río Grande, Moreno vadeó el Uruguay refugiándose en Entre Ríos, Giró dejó el buque brasileño y tomó otro a Buenos Aires²⁴¹.

El mismo 19 de enero en que Abaeté informaba al cuerpo de diplomático del propósito de ocupar el Uruguay “para asegurar la existencia del Estado”, moría Rivera en una posta del arroyo Conventos del Cerro Largo, sin haberse hecho cargo de su puesto en el colegiado. Libre de Lavalleja y Rivera, Flores se hizo elegir *presidente constitucional* el 12 de marzo. No obstante haberse cimentado el orden con mostrar solamente la vaina del sable,

²³⁷ *Ibíd.*, t. IV, p. 216.

²³⁸ *Ibíd.*, t. IV, p. 217.

²³⁹ Los decretos de cesar Díaz eran tremendos. En uno ordenaba apoderarse de Bernardo P. Berro y “pasarle por las armas inmediatamente sin más formalidad que la justificación de la identidad de su persona”; en otro confiscaba los bienes de los blancos para “pagar los gastos de guerra”, en otro derogaba la paz del 8 de octubre de 1851 – la capitulación de Oribe en el pantanoso – “por no haber sido apreciado por los enemigos” (*Ibíd.*, t. IV, p. ps. 217 y 218).

Bien es cierto que hecha la paz, los derogó.

²⁴⁰ *Ibíd.*, t. IV, p. 234. comenta Acevedo: “Tales eran las protestas de la diplomacia imperial. El Brasil que se había tragado la mitad de nuestro territorio y que para mantener su obra de absorción había mantenido al país en permanente pie de guerra, iba a enviar un fuerte ejército a Montevideo con noble altruismo, sin ánimo de conquista, sólo para establecer la paz entre los orientales que se estaban despedazando, empujados unos contra otros por la propia diplomacia imperial”.

²⁴¹ El mismo 30 que Amaral reconocía a Flores, un centenar de blancos despistados, entre ellos algunas figuras prestigiosas: Vázquez, Sagastume, Solano Antuña, Santiago Botana, Antonio de las carreras, hacía llegar al brasileño una deplorable nota llamado “santo y legítimo el interés que mueve el gobierno imperial.....porque se funda en compromisos públicos y propende a afianzar la paz y todas las garantías sociales.....el concurso que el Brasil ofrece a la República es considerado por nosotros como generoso, noble, desinteresado, sin que empañe en lo más mínimo la dignidad nacional”, porque suponía que la intervención militar venía a restablecer el gobierno de Giró. “Nosotros – decía otra nota de los mismos firmantes - estamos persuadidos que la intervención armada es indispensable.....necesitamos de la intervención armada a fin de que Brasil, en cumplimiento de los tratados del 12 de octubre de 1851, haga efectivos y duraderos la paz, el orden y el imperio de las instituciones” (*Ibíd.*, t. IV, ps. 223 y 224).

el ejército brasileño entró al Uruguay el 30 de marzo “para prevenir desórdenes que ponen en peligro la civilización”.

Eran algunos más de los prometidos por Amaral: en conjunto 5.145 plazas mandadas por el brigadier Pereira Pinto. Se instalaron en Montevideo, debiendo el gobierno oriental pagarles conforme a los tratados de 1851. Como no era materialmente posible, Amaral prestó al gobierno 30.000 patacones mensuales para que lo hiciese, Flores pidió otros 30.000 patacones para pagar, de paso, a los empleados y soldados uruguayos que nunca cobraban, pero el brasileño se desentendió.

Flores recibió a los ocupantes con palabras que pudo ahorrarse: “Digna y generosa es la misión que vais a desempeñar...los objetos humanitarios de la intervención”. Amaral contestó que los brasileños venían “a fortificar la nacionalidad oriental”.

La ocupación disgustó a la mayoría de los uruguayos sin distinción de divisas. *El Orden*, órgano de los *conservadores*²⁴², con la firma de J. C. Gómez, Lorenzo Batlle, César Díaz y otros recordaba a “los vencedores del Rincón y del Sarandí (que) no tienen nada que aprender de los brasileños en el modo de sostener con honor su pabellón”; Gómez, especialmente, hizo desde *El Orden* una seria campaña : “Es útil la alianza de la República con el Brasil-decía como hombre de la Defensa-, pero la intervención armada pone en peligro la alianza...la República se encuentra en paz y el gobierno es acatado por todo el país”. Los *blancos*, olvidados que también anduvieron en enjuagues imperiales, se arrogaron la exclusiva defensa de la nacionalidad, como si todavía estuviesen en el Cerrito : “Entre el partido de la Defensa y las potencias interventoras (Francia, Inglaterra o Brasil) hay cierta solidaridad de lucha contra el partido blanco” escribió Berro²⁴³

Hubo – siempre las hay en esos casos- voces favorables : *Comercio del Plata* tradicionalmente partidario de las ocupaciones foráneas, entendía que el ejército de Pereira Pinto y la subvención de Amaral “eran un medio de tener estabilidad, robustecer la acción de gobierno y auxiliar su tesoro”; un agradecimiento del comercio montevideano con más de mil firmas fue entregado a Amaral: “Una serie de actos calamitosos para este pueblo lo han conducido a la amarga y difícil posición en que los ve sumido V. E. Para que el comercio y la industria, y todos los elementos de prosperidad y riqueza puedan desenvolverse se necesitan paz y garantías sociales.....la intervención, señor, sea bienvenida porque llenará nuestros deseos y servirá de sostén al orden y a las instituciones de la Republica”. Los senadores y diputados por casi unanimidad (contra 4 votos) aplaudieron “que se hayan estrechado más aún las relaciones con el Imperio brasileño que.....por cooperación en el empeño de salvar nuestra independencia era ya nuestro aliado y amigo”²⁴⁴.

Amaral se quejó a Flores por la campaña de El Orden. César Díaz fue alejado haciéndolo ministro en Buenos Aires, y Juan Carlos Gómez, con quien no se tuvieron tantos miramientos, conminado a extratriarse; El Orden cambió de orientación, aplaudiendo ahora a los interventores que “sostendrán el estandarte nacional que muchos opinan maliciosamente que vienen a destruir, y lo sostendrá con más honor que nosotros lo hemos hecho”.²⁴⁵

No bastaba. Debía acabarse con la libertad – relativa – de prensa que permitía un desahogo de los más nacionalistas. Flores hizo aprobar una ley para “preservar a la patria de las complicaciones internacionales que ocasiona el desenfreno”.

El gobierno apoyado se desenvolvió penosamente. No había dinero en tesorería (el déficit pasaba de tres millones de pesos oro), y entonces – lo confiesa Andrés Lamas, que seguía en Río de Janeiro de representante oriental – recibió la insinuación de algunos de los hombres allegados al presidente (no dice quienes) encargándole gestionar “una especie de incorporación u ocupación en forma de protectorado por 12 años” siempre que la acompañase “una emisión de doce millones de pesos garantizados por el Imperio”²⁴⁶. Debió hacerlo, porque a fines de 1854 el gabinete imperial mandó a Londres y París al vizconde de Uruguay (Paulino José Soares de Souza) con una misión *reservada*, pero que al imprudente periódico fulmínense O Cruzeiro se le escapó era parte “negociar en Francia e Inglaterra la incorporación del estado Oriental del Uruguay al Imperio rescontituyendo la antigua provincia Cisplatina”²⁴⁷.

Los propietarios, el gobierno mismo, autorizadas voces independientes, el comercio inglés, la población francesa de Montevideo, todos decían que el Uruguay era ingobernable y sólo por el ejército brasileño se podía mantener el orden. Paulino debió llevar documentadas estas declaraciones y peticiones.

²⁴² Los conservadores era un desprendimiento de los colorados; los intelectuales mal resignados con la jefatura de un caudillo como Don Venancio. A excepción de Juan Carlos Gómez, y por eso debió irse a exilio, su antibrasileñismo fue de circunstancia.

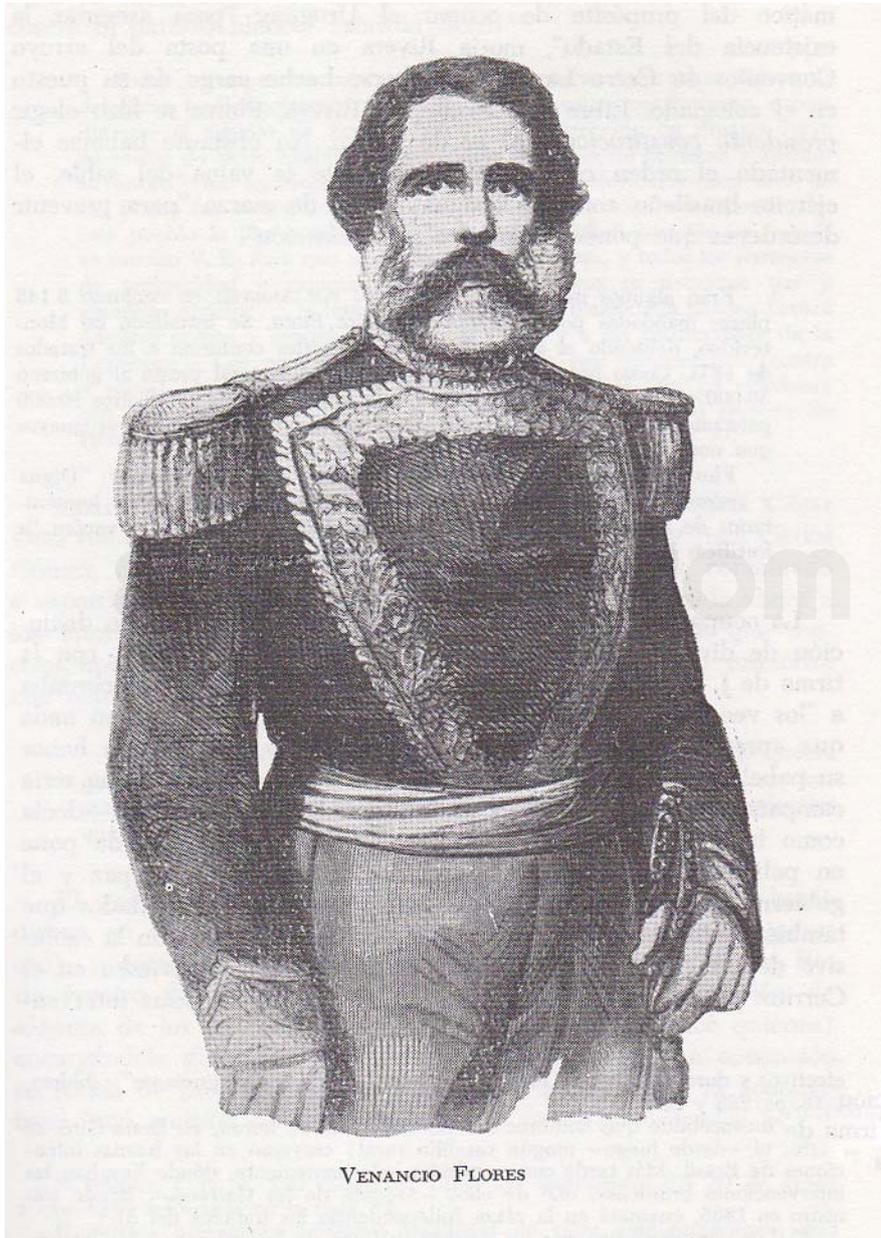
²⁴³ *Ibíd.*, t. IV, p. 239. Berro no firmó los documentos del 30 de Enero a que hago referencia en la nota 84.

²⁴⁴ Pueden presumirse gestiones brasileñas en estas exteriorizaciones, que valdrían como prueba para conseguir la permanencia definitiva de los imperiales, cuando llegase la oportunidad.

²⁴⁵ Palabras que arrancaron una protesta de los *conservadores*: “Los vencedores del rincón y del Sarandí no tienen nada que aprender de los brasileños”.

²⁴⁶ *Ibíd.*, t. IV, p. 248

²⁴⁷ *Ibíd.*, t. IV, p. 248



Brasil en Paraguay.

Las cosas de Asunción no fueron para el Imperio tan fáciles como en Montevideo. Es cierto que Paraguay debía a Brasil su independencia, y para los estadistas brasileños salir de la órbita porteña no podía significar otra cosa que caer en la fluminense. Pero no contaron con algo innato en la tierra guaraní: el amor a la patria y recelo de los extranjeros. Tampoco geográficamente Paraguay era tan vulnerable como Uruguay.

Veremos luego la actitud de Bellegarde durante la misión Derqui entre junio y octubre de 1852. Se opuso al tratado de límites en la parte que reconocía argentinas las Misiones del sur del Paraná sosteniendo que la alianza militar paraguayo-brasileña (de mayo de 1850) se había convenido una *ocupación conjunta* del territorio; de allí derivaba “un derecho perfecto de Brasil para cualquier deliberación que se tomara al respecto”. López se negó a oír a Bellegarde pues las Misiones centrales “han dejado de pertenecer al Paraguay”. Como Bellegarde dijo a López “que convenía al Imperio una participación de ese territorio y lo obtendría por cualquier medio”, EL Supremo pensó- con fundamento- que los brasileños podían comprarlo a Urquiza. Como tener a Brasil en Candelaria, a las puertas de Paraguay, era sumamente peligroso, exigió que la Confederación “no realizara ninguna enajenación (de Misiones) sin su previo consentimiento”.

Los paraguayos habían logrado su independencia, y no era para renunciarla al Imperio ni dejar de ejercer la plenitud de la soberanía. El enemigo de la independencia paraguaya no era ya la Confederación sino Brasil y las potencias europeas. Al saber que navegaban hacia Asunción los comisionados Hotham y Saint-Georges a imponer la navegación de sus buques , y juntamente con ellos vendría otro del Imperio – Felipe José Pereira Leal- con igual finalidad, López propuso a Urquiza una alianza paraguayo- argentina para resistir la imposición foránea, que podría extender a la República Oriental²⁴⁸. Pero ni Urquiza ni la Confederación de Caseros estaban para eso y no hubo nada.

Entre diciembre de 1852 y marzo de 1853 Hotham, Saint - Georges y Leal quedaron en Asunción “practicando diplomacia con el presidente y su irascible hijo el general (Francisco Solano)”²⁴⁹ sin llegar a nada efectivo. Como las cosas apremiaban en el Plata por el sitio de Buenos Aires, debieron volverse el inglés y el francés, quedando sólo Pereira Leal, “excepción entre los mesurados diplomáticos imperiales” dice Cárcano. No se resignaba a un fracaso, ni entendía cómo López podía negarle al Imperio la apertura del río Paraguay, ni darle las fronteras que reclamaban por el derecho eficiente de ser ahora la primera potencia de Sudamérica. Leal había hecho escala en Montevideo antes de llegar a Asunción, y creyó aprender allí cómo un delegado del emperador debe tratar a los *castelhanos*.

Las discusiones de López y el brasileño en enero de 1853 fueron violentas. Como Leal hablase de las fuerzas navales y militares que acompañarían las pretensiones del Imperio, López le replicó que “enseñaría a los paraguayos a cortar pescuezos brasileños”²⁵⁰.

Leal menudeó en inventivas contra el *Supremo* y los paraguayos en conversaciones con los representantes europeos (todavía presentes); Hotham, que temió por un momento que López concediera al brasileño lo negado a ellos, llevó el chisme al *Supremo*; López exigió explicaciones, y Leal balbuceó excusas. Pero se quedó callado; tiempo después el presidente se enteró que reincidía y le mandó- 12 de agosto de 1853- sus pasaportes deseándole irónicamente “un próspero viaje”. Leal protestó por el “agravio a un enviado del emperador”.

La prensa brasileña llamó *ingrata* la conducta de López hacia Brasil a quien debía la independencia y los millones gastados en la caída de Rosas, sin que los paraguayos participaran con un peso ni una gota de sangre. Además el envío de instructores militares brasileños a Paraguay para ponerlo en condiciones de combatir contra Rosas, y la construcción de la frontera de Humaitá para proteger a Asunción de los argentinos eran “señalados favores” a retribuirse, por lo menos, con un trato más cortés. “No es cierto – replicaba López desde *El Semanario*-. La política brasileña frente a Rosas fue siempre vacilante. No fue Paraguay quien buscó a Brasil, sino Brasil, que temía a Rosas, a Paraguay”²⁵¹.

Evidentemente en Asunción se respiraba un aire distinto del de Montevideo.

Buques de guerra brasileños en ríos argentinos (enero de 1855).

La respuesta del gabinete Honorio a la expulsión de Leal fue mandar la escuadra brasileña contra Asunción. A fines de 1854 el almirante Pedro Ferreira de Oliveira fue en misión *diplomática* “para allanar obstáculos y concretar convenios de límites y navegación”: sus *poderes* eran 20 buques de guerra con 130 cañones y 2.600 hombres de desembarco.

Sus instrucciones le advertían que la misión era pacífica pero “exigiría una amplia satisfacción por la ofensa inferida” y concluiría con *las condiciones exigidas por el Imperio* “un tratado de navegación y otro de límites”. En caso de desacuerdo estaba autorizado “a repeler la fuerza con la fuerza”.

²⁴⁸ Nota de Derqui a Urquiza del 27 de julio de 1852.

²⁴⁹ Ferns, Britain and Argentina in the XIX Century.

²⁵⁰ J. C. Chávez, *El presidente López*.

²⁵¹ *Ibíd.*, p. 212

Este momento (fines de 1854 y principios de 1855) marca el apogeo de la política de hegemonía en el Plata: la República Oriental intervenida, un ejército de ocupación en Montevideo, su puerto convertido en base naval brasileña, la escuadra de Ferreira de Oliveira remontando el Plata para imponerse a Paraguay, el vizconde de Uruguay en misión por Europa a fin de convencer a las grandes potencias de una necesaria y pacífica reanexión de la Cisplatina; en Buenos Aires organizada por un lado, las trece provincias por el otro, batalla del *Tala* entre porteños y provincianos, ambos gobiernos con la esperanza de apoyarse en Brasil. El cruce ante Buenos Aires y la navegación por el Paraná de una escuadra de guerra extranjera desconcertó a los porteños. Evidentemente no eran los tiempos de Rosas.

“Cuatro años hace- escribe el general Guido a M. Olazábal el 30 de enero-, ¿creería usted que el Brasil se lanzase a estas expediciones marítimas buscando camorra en el río de la Plata y sus afluentes? Me parece un sueño lo que estoy presenciando, y todo debido a nuestros errores”²⁵².

No se pidió autorización ni en Paraná ni en Buenos Aires.

Apenas si a 5 meses del cruce, cuando ya la escuadra no sólo había pasado sino regresado, el nuevo ministro brasileño en la Confederación – Tomás Joaquín de Amaral – al contestar una nota de la cancillería de Paraná por la ocupación militar del Uruguay, hizo una vaga referencia al cruce del río argentino por las naves imperiales.

Juan María Gutiérrez, ministro de relaciones exteriores de la Confederación, se creyó a mediados de 1854 en el deber de inquirir la causa de la invasión brasileña a la república Oriental. Las formas debían guardarse y, al fin y al cabo, la Argentina era garante de la independencia oriental por el tratado de 1828 y se le debía una nota explicativa.

Como no había ministro brasileño en Paraná, la respuesta demoró un año: el 2 de julio de 1855, nombrado Amaral, contestó con ironía o disciplina que Brasil “respetaba la independencia e integridad del Uruguay.....esta política del gobierno imperial se distingue por su desinterés y por el respeto a la soberanía e independencia de los Estados vecinos, (y) hállase de acuerdo con todos los precedentes de Brasil”. No debía esperarse del Imperio sino de las repúblicas hispanoparlantes que lo circunfían las actitudes agresivas: “La historia antigua no menos que la moderna – seguía la nota – ofrece pruebas irrecusables de que el espíritu de ambición y conquista es más de temer en las democracias que en las monarquías”. De paso aprovechó para decir algo de cruce de Oliveira (ocurrido en enero): Brasil lo ordenó porque “desde mucho tiempo atrás estableció como base de su derecho publicó la libre navegación de un río común por los ribereños” y era suya la parte superior del Paraguay y el Paraná. No obstante, por una deferencia, el emperador ordenó al jefe de la escuadra que “explicase al gobierno de la Confederación el objeto honroso y pacífico de su misión, mostrando así que la defensa de sus derechos no excluye en caso alguno el respeto debido a la nación amiga”, pero el almirante olvidó (“explicar” pero no solicitar, “respeto” pero no *derecho* hacer notar Cárcano)²⁵³.

Gutiérrez, en nombre de la Confederación, expresó “sus simpatías por la política imperial que respetaba la independencia e integridad” de Uruguay y Paraguay. No protestó por el derecho a navegar buques de guerra en los ríos argentinos, que se arrogaba Brasil, aceptándolo en consecuencia.

Quizá disgustado porque Brasil daba explicaciones a Paraná y no al *Estado*, Valentín Alsina, ministro de gobierno de Buenos Aires, mandó el 28 de junio una nota a la legación brasileña protestando porque Oliveira no pidió autorización a su gobierno “con jurisdicción en el Plata y bajo Paraná”, ni Tomás Joaquín de Amaral (encargado de negocios imperiales en Buenos Aires al tiempo que ministro residente en Paraná) dejando una nota de tenor semejante a la presentada en la cancillería de Paraná.

Amaral contestó con displicencia: “Brasil tiene derecho a navegar los ríos en cuyos afluentes posee puertos”. Siguió una teórica e ineficaz polémica: Alsina repitió que sin autorización Brasil *no podía*, y Amaral replicó que los hechos mostraban que *sí podía*.

La escuadra ante Paraguay (febrero).

La imponente demostración naval del Imperio llegó a las Tres Bocas (desembocadura del Paraguay en el Paraná) a fines de febrero. Allí supo Oliveira que el *Supremo* paraguayo había puesto a Asunción en estado de guerra al grito nativo de *¡Independencia o muerte!*, las baterías costeras de Humaitá estaban provistas y con orden de abrir fuego sobre la primera embarcación que cruzase sin permiso, y una proclama guerrera difundida profusamente decía: “El Brasil atropella nuestros ríos y pretende imponernos su autoridad y sus órdenes. Nuestra resistencia será un protesto eterno contra la injusticia del Brasil. *¡Independencia o muerte!*”.

Asunción fue evacuada; el tesoro público se llevó a Trinidad en previsión de un desembarco brasileño.

No era lo que esperaba el brasileño. En Brasil suponían que la demostración bastaba para achicar a los paraguayos, y don Carlos comprendía quienes eran los dueños de Sudamérica desde Caseros.

El almirante detuvo la escuadra en Tres Bocas, y cortésmente solicitó un permiso para llegar a Asunción “como plenipotenciario del emperador”. Se le contestó que si su misión era “pacífica y diplomática” dejase fondeada su escuadra y fuese a Asunción con un solo buque; don Carlos aceptaba recibirlo, no obstante la “inusitada, injuriosa, ofensiva y humillante sin necesidad” manera de llegar a las fronteras de la República. Pero si osaba avanzar con la escuadra, sería recibida como “lo imponen el honor y la dignidad”.

Oliveira tomó el camino prudente. Dejó la escuadra fondeada y en un buque que enarbolaba las banderas del Imperio y de Paraguay llegó a Asunción el 15 de marzo.

²⁵² AG, Chávez, o. c, p. 255; Rosa, La Guerra del Paraguay, p. 45

²⁵³ *Del sitio*.....p. 428

Francisco Solano López trató con el almirante. Fue un triunfo de habilidad del joven general y ministro de guerra. Oliveira quería *honrosas satisfacciones* por la expulsión de Leal, Solano le contestó que Paraguay no había “pretendido ofender la alta dignidad de S. M. el emperador”, solamente la de Leal; el almirante quería un *desagravio al pabellón* con 21 cañonazos, Solano aceptaba las salvas 1 pabellón imperial si los brasileños respondían en la misma forma a la bandera tricolor, lo que ya no era un desagravio sino protocolar saludo; Oliveira tenía instrucciones de obtener “a toda costa” la libre navegación del Paraguay para los buques mercantes o de guerra brasileños, Solano la aceptaba para los buques mercantes- a fin y al cabo el río Paraguay era la comunicación más viable de Río de Janeiro con Mato Grosso- pero sujetos a las reglamentaciones que haría Paraguay , y restringía la de navíos de guerra a dos cañoneras anuales de menos de 600 toneladas y ocho cañones; aun así esta “libertad fluvial” se haría efectiva después de arreglarse definitivamente los límites; Oliveira quería la frontera en el Apa, afluente del Paraguay, e Iguerey, del Paraná, y Solano lo convenció que dejase los límites aun tiempo futuro para mantener la amistad.

El almirante se volvió con su imponente- e imponente – escuadra y su chistoso “tratado”. La tremenda bulla imperial acababa en un final grotesco, de comedia. El paso cobró ante la opinión brasileña la dimensión de una afrenta; los diarios de todas las tendencias pusieron el grito en el cielo, e inútilmente Oliveira explicó que sus buques eran de hondo calado y no podía navegar el Paraguay. Él mismo, en el buquecillo que fue a Asunción, sufrió innumerables varaduras debido a una bajante del río.

Sus disculpas no valieron. Recibió una afrentosa destitución, prescindiéndose del trámite de consejo de guerra. En julio de 1855 Pedro II rechazó el tratado Oliveira – López, y anunció que se continuarían las negociaciones hasta obtener el libre tránsito de buques de guerra por el río Paraguay y los límites reclamados.

La prensa pedía la guerra inmediata para concluir con “las interminables negociaciones”.

Se prepara la guerra (julio de 1855).

Brasil adquirió el sobrante de la guerra de Crimea (que acababa de terminar), porque era posible que los paraguayos no cediesen.

Fueron reforzados los cuarteles de Montevideo y Río Grande, y la diplomacia anduvo activa en Paraná.

Paranhos (ahora ministro de negocios extranjeros) escribe en julio a Caxias, ministro de guerra: “Si el gobierno de esa república (Paraguay) no viene prontamente a una cuerda pacífica.....será forzoso que usemos de este derecho (abrir el río Paraguay a buques de guerra) a despecho de cualquier resistencia que tiene oponernos.....No debemos contar solamente con el empleo de una expedición naval.....una expedición de tierra cuya fuerza debe partir, en todo o en parte, de la provincia de San Pedro del Río Grande y atrasar el territorio que disputan la confederación Argentina y el Paraguay (Misiones)”²⁵⁴.

Con instrucciones que no se conocen, Brasil mandó un *ministro residente* a Paraná (Joaquín Tomás de Amaral, pariente del Amaral de Montevideo), que se acreditó el 31 de mayo poco antes del rechazo oficial del tratado Oliveira. Por sugestiva coincidencia, en agosto Urquiza somete el tratado Derqui – López de 1852 al senado de la confederación, y éste lo rechaza el 11 de septiembre provocando la indignación del Supremo paraguayo.

En Uruguay: caída de Flores (agosto de 1855).

La negociación de Paulino en Europa para convencer que la ocupación del Estado Oriental debería hacerse permanente, no conseguía salir adelante. París haría lo que Londres, y en el *Foreign* estaba perfectamente enterados de la causa eficiente del *caos* uruguayo.

Juan Carlos Gómez – en París desde su expulsión de Montevideo – escribe en octubre de 1855 las tribulaciones del vizconde de Uruguay en sus andanzas europeas: “La misión del señor Paulino en Europa.....no ha empezado aún a desarrollarse.....tal vez porque la Francia se halla mal dispuesta con respecto al Brasil por la cuestión del Amazonas.....Entretanto el Brasil paga artículos de propaganda encaminados a desacreditar a Montevideo y exaltar al Imperio, haciendo ver que nosotros somos incapaces de gobierno y dejando deducir que no hay para nosotros otros prospectos posible que la anexión a Brasil”²⁵⁵.

En Montevideo José María Amaral continuaba su labor. Flores llevaba bastante tiempo de gobernar sin la consabida revolución: los conservadores eran apenas un grupo de intelectuales montevidianos sin arraigo en la campaña, y los blancos – abstenidos electoralmente por las persecuciones de Flores – tenían a su jefe máximo, Oribe, en Europa. Podría traérselo para encender el polvorín; Amaral consiguió de Flores una garantía para el regreso de Oribe.

La clausura del periódico *La Libertad*, órgano de los *conservadores*, en agosto (1855) dio pretexto a otra revolución. Consulado Amaral sobre la actitud del ejército de ocupación brasileño “en una lucha entre el pueblo y la autoridad rebelde”, contestó-e hizo pública la respuesta- que “las leyes de prensa (dictadas a su pedido) eran contrarias a la constitución”. Siguió una polémica : Flores preguntó a Amaral si “el

²⁵⁴ Wanderley Pinho, *Cotegie e seu tempo*, p. 442.

²⁵⁵ Pedro Rosas y Belgrano, hijo natural del general Belgrano, era ahijado de Rosas, que le dio su apellido; le posponía el de su padre señalando su filiación. Coronel y estanciero de prestigio, tenía gran ascendiente entre los indios.

ejército imperial era favorable a los planes de la oposición “; respondió el brasileño “que las armas del emperador sólo apoyarán la paz que tuviera por base los hábitos constitucionales, que pueden ser vulnerados tanto por las agresiones anárquicas de la multitud, como por las exorbitancias del gobierno contra los derechos de los ciudadanos”; protestó Flores que “el solo poder autorizado para censurar los actos del gobierno era la Comisión Permanente de la legislatura”.

Como esta polémica era en la prensa, los *conservadores* supieron que el gobierno no tendría el apoyo del ejército de ocupación, y por lo contrario los brasileños – lo decía claramente Amaral en sus artículos – apoyarían a *La Libertad*. Por lo tanto se lanzaron el 31 de agosto a una revolución.

¡Curiosa revolución de civiles, que no encontró resistencia ni en la policía ni en las guarniciones presidenciales! *La Libertad* reapareció porque la policía no pudo impedirle; doscientos o trescientos jóvenes *conservadores*, a quienes se plegaron igual número de *blancos* encabezados por Luis de Herrera, se estacionaron frente a la redacción. Como nadie los disolvió, se corrieron a la casa de gobierno, cuya guardia no opuso resistencia, y formaron un *gobierno provisorio* encabezado por Luis Lamas (padre de Andrés). Flores, cuyas guarniciones urbanas no le respondieron, se retiró a Las Piedras, donde alcanzó a reunir un centenar de milicianos de campaña. No pudo retomar a Montevideo, no los revolucionarios ir a combatirlo en Las Piedras porque los de uno y otro bando confraternizaban al toparse.

Pacto de los generales (setiembre, noviembre de 1853).

En esos momentos llegaban a Montevideo los restos de Artigas mandados del Paraguay, tal vez como ejemplo para los orientales. Nadie se acordó del Protector y la urna funeraria quedó olvidada en un rincón de la Capitanía del Puerto. “El país estaba en crisis – explica Eduardo Acevedo -. La diplomacia brasileña acababa de armar otra vez a los orientales unos contra otros para que se despedazaran; las tropas encargadas de recuperar la plaza ya conquistada en 1816 seguía atizando el fuego en la esperanza de hacerse dueña de la codiciada prensa, y los huesos de Artigas continuaron arrinconados en la Capitanía.....”²⁵⁶.

La situación se prolongaba cuando Oribe (traído por Amaral para echar más leña en la hoguera) tuvo un impulso patriótico. Comprendió que la sola manera de oponerse al juego brasileño era que todos los uruguayos formasen un bloque sólido que no dejase resquicio a las intrigas imperiales. Entrevista a Flores en setiembre, y los jefes de los partidos tradicionales llegan a un acuerdo que darán a publicidad el 11 de noviembre en *La Unión* (la antigua “Villa Restauración”, exclusivamente habitada por blancos).

El pacto de los generales o “pacto de la Unión” disponía:

- 1) Fusionarse *blancos* y *colorados*.
- 2) Flores, como presidente constitucional, pediría el retiro de la intervención brasileña.
- 3) Acto seguido renunciaría la presidencia, dejándola al presidente del Senado.
- 4) Éste convocaría a elecciones.
- 5) Flores y Oribe, de común acuerdo, presentarían una lista común de candidatos a la asamblea y se pondrían de acuerdo en el futuro presidente.
- 6) *Blancos* y *colorados* apoyarían sin discrepancia al nuevo gobierno.

Sin conocerse todavía las bases del pacto, la noticia de que Oribe estaba con Flores desconcertó a los revolucionarios, y el gobierno de Lamas se esfumó. Sin entrar en Montevideo, donde permanecía acuartelado el ejército imperial, Flores se situó en la Unión acreciendo sus fuerzas con los partidarios de Oribe que acudieron de toda la campaña. Desde La Unión pidió – 7 de setiembre- el retiro de la intervención brasileña y tres días después renunció la presidencia (10 de setiembre). Reunida la asamblea legislativa aceptó la renuncia (haciendo a Flores “benemérito de la patria”) quedando al mando el presidente del senado Manuel Serapio Bustamente, conforme a la constitución.

El *pacto* fue recibido con alborozo en la campaña. Pero en Montevideo los intelectuales conservadores o blancos (Luis Lamas, Herrera y Obes, Lorenzo Batlle, José María Muñoz, entre aquéllos; Francisco Solano Antuña, Bernardo P. Berro, Luis de Herrera, Atanasio Aguirre, de éstos) sólo vieron el “regreso del caudillaje”. Formaron la *Unión Liberal* que, incitada por Amaral, conspiraría para dar el gobierno “a hombres de las luces y los principios” (que eran ellos).

Flores y Oribe dieron en La Unión, el 11 de noviembre, al tiempo de hacer públicas las bases del pacto, un manifiesto expresando el propósito de “trabajar por la extinción de los odios que han dejado nuestra pasadas disensiones”, y unidos todos los orientales “sostener la independencia e integridad de la República”. La respuesta de la Unión Liberal fue una intentona revolucionaria creyendo que los brasileños la apoyarían: el 25 de noviembre se apoderaron de la casa de gobierno y algunos cuarteles urbanos, pero el presidente Bustamente consiguió mantenerse en la jefatura de policía. Durante cinco días hubo tiroteos en las calles de Montevideo sin que los liberales aumentasen sus fuerzas. Como el ejército de ocupación marcado por las tropas de Oribe y Flores no se movió, los *blancos* revolucionarios acabaron o por abandonar la empresa volviendo a aceptar la jefatura de Oribe, mientras los *conservadores* escapaban a Buenos Aires protegidos por la escuadra brasileña. El triunfo del gobierno fue festejado como una derrota brasileña. Rodeado por las fuerzas de Flores y Oribe, desde La Unión, el brigadier Pereira Pinto, no obstante haberse reforzado su ejército, prefirió desentenderse de la revolución conservadora.

²⁵⁶ Ibídem, t. IV. 365

Fue un error político. Se les perdió el respeto a los ocupantes, y los uniformados imperiales eran objeto de burlas en las calles de Montevideo.

Flores (ahora *comandante de armas*) y Oribe exigieron a Bustamente que reiterase la salida de los brasileños. Respondió Amaral con otros *memoriales del comercio* avalando la presencia de Brasil como “garantía de orden”. Aunque las firmas se recogían de puerta en puerta, los cinco días de combate callejeros de la revolución conservadora habían hecho escépticos a muchos sobre la “garantía del orden”. Si no hubiesen estado los brasileños, se razonó, Oribe y Flores habrían dado fácil cuenta de los cantones conservadores.

El bloque formado por ambos caudillos de los partidos tradicionales, el fracaso de Paulino en Europa, *sugerencias* llegadas a Pedro II desde Londres y París²⁵⁷ y el grave conflicto con Paraguay, obligaron a Honorio a postergar la reanexión de la Cisplatina.

A fines de noviembre, obedeciendo a las indicaciones europeas, Honorio ordenó el retiro del ejército ocupante. Lo hizo con lentitud, al tiempo que grandes contingentes de tropas con armamentos recientemente adquiridos se acuartelaban entre Yaguarón y Bagé. Los uruguayos supusieron que el retiro de Pereira Pinto se debía a su difícil situación en Montevideo, cercado por Oribe y Flores y con la protesta casi general de los habitantes, y ahora, con los refuerzos llegados a Yaguarón, invadiría nuevamente el territorio oriental²⁵⁸.

Me inclino a creer que el retiro de Pinto fue por las sugerencias europeas mencionadas, y el acuartelamiento en el Yaguarón para la posible guerra con Paraguay, que invadirían desde la Misiones argentinas (como en junio, lo hemos visto, informaba Paranhos a Caxias). La Cisplatina quedaría para después.

En Paraguay: misión Amaral (diciembre 1855, enero 1856).

Al tiempo de moverse en Brasil las charangas de guerra, y la prensa, el parlamento y la opinión pública clamaban por la guerra contra los paraguayos que habían osado desafiar el poder de los cañones imperiales, en Asunción también se oían sonos marciales.

Desde *El Semanario*, López advierte a Brasil, apenas llegada la noticia del rechazo del convenio Oliveira, que “Paraguay no cedería”, equivocadamente los brasileños “si lo creían indefenso y aislado”. Esperaba el apoyo de Urquiza, y grande fue su desilusión cuando el senado argentino rechazó en setiembre el tratado Derqui.

Pero no se amilanó. Ordenó la ocupación de Candelaria (cedida por el tratado Derqui) posiblemente ante la amenaza del ejército brasileño en Río Grande.

José María Amaral llevó a Asunción el rechazo del tratado Oliveira. Viajó en la cañonera *Paraguazú*, obligada a pedir autorización e inspeccionada de proa a popa por las autoridades en Humaitá, para prevenir un acarreo de armas a revolucionarios antilopiztas, y conducida hasta Asunción por un piloto paraguayo.

Amaral llegó indignado a Asunción; una conducta semejante no condecía con la posición del Imperio en el continente. Además estaba acostumbrado al estilo de Montevideo.

La entrevista del comisionado con el Supremo fue deplorable²⁵⁹.

Misión Berges en Río de Janeiro (enero- abril de 1856).

El “problema Paraguay”, si Brasil no lo solucionaba drásticamente, podía llevar al fracaso de la política pacientemente urdida desde 1851. La república guaraní con su numerosa población, riqueza fuera de sobornos, ejército suficiente y, sobre todo, espíritu celosamente nacionalista madurado en los años de aislamiento, era un hueso duro de roer. Podía ser un peligro tan grande como el de la Confederación de Rosas, con el agravante que entre los argentinos pudo encontrarse auxiliares y en Asunción se hacía más difícil. De allí las tres medidas tomadas por Honorio: adquirir armamentos para un ejército que expedicionaria por tierra desde Río Grande, retirar a Pereira Pinto de Montevideo para evitar complicaciones europeas, e inducir a Urquiza (y en Brasil se sabía la manera) a tomar posición junto al Imperio.

La llegada a Montevideo del vizconde de Abaeté en diciembre de 1855 (hasta poco antes ministro de extranjeros en el gabinete de Honorio), con destino a Paraná y poderes para redactar tratados inofensivos en apariencia, hizo conjeturar a López que la coalición brasileño-argentina – ya sospechaba por el rechazo del tratado Derqui en setiembre- estaba en camino. Además las cosas no andaban bien con Norteamérica, tampoco con los franceses e ingleses²⁶⁰. Don Carlos mandó a Río de Janeiro a José Berges para cruzar los propósitos imperiales: le dio

²⁵⁷ “.....Los gobiernos de Francia e Inglaterra, por medio de sus respectivos ministros acreditados cerca de la corte del Imperio, habían manifestado al gabinete brasileño las aprensiones que nutrían a consecuencia de conservarse en Montevideo una división imperial” (*Memoria del ministro de relaciones exteriores, A. Chucarro, a la asamblea oriental*, mayo de 1855).

²⁵⁸ Cárcano, o. c., p. 414.

²⁵⁹ Chávez, *El presidente López*.

²⁶⁰ Un incidente del gobierno paraguayo con el industrial norteamericano E. M. Hopkins, que quiso valerse del cargo de cónsul de su país para beneficiar sus negocios, le valió su expulsión. Las cosas se complicaron porque el navío de guerra de estados Unidos *Water Witch* (cuya participación en el salvamento de Urquiza, al finalizar el asedio de Buenos Aires, hemos visto) fue detenido a cañonazos por la fortaleza

poderes públicos de “mantener” el tratado Oliveira, pero en privado debió autorizarlo a corregirlo permitiendo que el cruce anual de las dos cañoneras autorizadas en él pudiera hacerse sin esperar el tratado de límites. Bien sabía que “el río es río no mar” y con reglamentos y prohibiciones haría inoperante cualquier navegación brasileña por el Paraguay.

Berges fue a Río de Janeiro. Fue inútil la diplomacia de Paranhos para hacerla aceptar la frontera en el Apa, y apenas si pudo sacarle – como triunfo- un pequeño aumento en el tonelaje de las dos cañoneras anuales. No obstante, se interpretó como una marcha atrás de los paraguayos.

El 6 de abril Berges y Paranhos firmaron en Río de Janeiro los tratados de *amistad* y de *navegación*: el de “amistad” postergaba por seis años la discusión de límites (“será la guerra dentro de seis años” comentó López) y el de “navegación” admitía el cruce de las cañoneras.

Desde Europa, Paulino receló del *triunfo diplomático* de Paranhos. El 3 de junio escribe a Paranhos: “López cedió por miedo a Urquiza y porque está complicado con americanos y franceses... luego que cesen las dificultades que ahora le cercan, ha de hacer de las suyas”²⁶¹.

Misión Abaeté (diciembre de 1855 a marzo de 1856).

En plan de vigilar de cerca la situación de Montevideo, y sobre todo para convenir el apoyo de Urquiza, había llegado a Montevideo, en diciembre de 1855, el vizconde de Abaeté, Limpio de Abreu.

Encontró difíciles las cosas en Uruguay. Oribe y Flores se habían puesto de acuerdo en la candidatura presidencial de Gabrile Antonio Pereyra, colorado de la Defensa pero hombre de prestigio con los blancos. O el brasileño no quiso estorbarla, o no pudo hacerlo. Los conservadores que se asieron a él como última esperanza, quedaron desilusionados.

El 13 de febrero Abaeté dejó Montevideo; el 1 de marzo Pereyra ocupaba la presidencia.

El 15 de febrero Abaeté desembarco en Paraná, recibido con grandes fiestas. La visita era ilustre y llegaban momentos difíciles: Buenos Aires había protestado con violencia por las invasiones de José María Flores y Gerónimo Costa y Mitre ocupado, aunque por pocas horas, territorio santafesino.

El vizconde habló de “la gloriosa alianza de Caseros” en su discurso de recepción (23 de febrero) y “la civilización y el progreso” traídos que se hacía necesario consolidar. Carril, a cargo de la presidencia (durante el verano Urquiza se retiraba a su estancia San José), habló sin ironía de “la rara fidelidad” de los hombres del Imperio por las cosas del Plata, y prometió seguir los pasos del Imperio “sin preocupaciones de raza y los celos y desconfianzas infundados que traen consigo”.

Los hombres de Paraná se sintieron revivir por la presencia del vizconde. “Creo que haremos mucho a favor de los trece ranchos, y esto les causa una horrible comezón a Buenos Aires”, escribe Derqui a Urquiza el 18 de febrero²⁶².

Tratado del 7 de marzo.

El propósito ostensible del viaje de Abaeté era un tratado de navegación, el real – lo dirían los hechos- convenir una alianza para imponerse, pacífica o coercitivamente, a Paraguay. El tratado se firmó el 7 de marzo. “Por razones de perspectiva- dice Cárcano- se hizo en seis días lo que pudo hacerse en una hora”, ya que el vizconde lo traía redactado en su cartera, y el solo trabajo consistió en pasarlo en limpio.

Aseguraba la integridad e independencia “de Paraguay y la República Oriental”, obligándose –la Confederación y el Imperio- a defender a esta última conforme a la convención de 1828. Confirmaba la navegación de buques brasileños por los ríos argentinos, “tanto embarcaciones mercantiles como de guerra”

El tratado se conservaría *secreto*, aunque ninguna de sus cláusulas perjudicaba a terceras potencias. Seguramente no querían los brasileños enterar a Inglaterra que habían obtenido la navegación de sus buques de guerra por el Paraná, y los británicos pudieran reclamar a Urquiza una cláusula análoga.

El 15 de marzo Carril despidió al vizconde con un brindis por “la perpetuidad de la unión y buena inteligencia entre la grande y generosa familia de los estados de la América del Sur”. Tres días después- el 18 – Carril en acuerdo de ministros denunciaba el *statu quo* con Buenos Aires.

Dieciocho días pasó Abaeté en la estancia de Urquiza en “largas horas de conversación íntima sin testigos”. Cree Cárcano que “el presidente y el vizconde, sin duda, hablaron y convinieron las bases de una alianza ofensiva y defensiva de la Confederación y el Imperio” que no se había formalizado- a su entender- “porque en la corte no

Itapirí al pretender navegar aguas paraguayas sin autorización. En cuanto a Francia e Inglaterra, las relaciones estaban tirantes desde el fracaso de la misión Hotham – Saint – Georges en 1852.

²⁶¹ Wanderley Pinho, o. c., p. 446.

²⁶² Cárcano, o. c., p. 452. El 18 de marzo (Abaeté estaba en la Confederación) se rompieron los tratados de convivencia con Buenos Aires.

alcanzó la idea mayor ulterioridad”. Es una apreciación gratuita porque los documentos dicen claramente que el propósito del viaje de Abaeté no era el ingenuo de formalizar un tratado inocuo, que bien pudo hacerlo en nombre del emperador alguno de los Amaral, sino una alianza contra Paraguay con el espejismo de ayudar a Urquiza a imponerse a Buenos Aires.

Los diarios porteños clamaban por la *alianza contra Buenos Aires*, especialmente *Tribuna*, cuyo primer redactor era ahora Juan Carlos Gómez. Llamaban la atención a Inglaterra que carecía de representante en la Confederación desde la muerte de Boré en 1854, y aprovechando de ello, Brasil le estaba birlando la novia. “Como conocemos al tribuno de *Tribuna* – asegurará Abaeté a Urquiza desde Río de Janeiro- estamos ciertos que sus intrigas 8 que Inglaterra fortaleciera Buenos Aires, ya que el imperio se alianza con la Confederación) no lograrán el fin que se propones”²⁶³.

Si la alianza contra Paraguay de Urquiza y el Imperio no se consolidó en 1856 fue porque la guerra brasileño-paraguaya pareció diluirse con la misión de José Berges a Río de Janeiro (que veremos en el capítulo “La Confederación y Paraguay”) culminada con el tratado brasileño-paraguayo del 6 de abril. El imperio no tuvo necesidad de Urquiza, pero sólo por un momento, porque a principios de 1857 las nubes volvieron a aglomerarse, y entonces irá Paranhos a Paraná- como veremos – a pactar, aunque secretamente, la alianza militar de Brasil y la Confederación, del 14 de diciembre de 1857.

Inglaterra sabe a qué atenerse. Christie (junio de 1856).

Que ese camino había sido desbrozado de un año antes por Abaeté, no fue un ministro para nadie. Ni en Buenos Aires.....ni en Londres. A poco de irse abasté de la Confederación, llegó a toda máquina el nuevo ministro inglés William Dougall Christie, tan apresuradamente que su buque de guerra no pidió autorización para navegar las aguas fluviales, ni en Buenos Aires ni en Paraná (demostrando, de paso, que los ríos que acababan de abrirse a la navegación de guerra de Brasil no podían quedar cerrados a la *Royal Fleet*). Sus instrucciones le prevenían, entre otras cosas, averiguar lo que hubo entre Urquiza y Abaeté. Lo supo, con facilidad, por boca del vicepresidente.

“.....el gobierno brasileño se había comprometido a cooperar con él (Urquiza) para obligar a Buenos Aires a someterse en la eventualidad deque se proclamase independiente....tal compromiso descansa, probablemente, en seguridades verbales hechas al general Urquiza por el vizconde Abaeté”²⁶⁴.

Que Brasil ayudase a Urquiza a someter a Buenos Aires gratuitamente no cabía en la imaginación del inglés. Consiguió saber por Carril que la alianza era también contra Paraguay, lo que llamó la atención de Christie porque el 29 de julio el general Guido había firmado en nombre de la Confederación con el gobierno paraguayo un solemne tratado de amistad y navegación (que veremos luego), por el cual ambas repúblicas se obligaban a permanecer neutrales en cosa de guerra de una de ellas contra un tercer poder.

Carril fue elocuente con Christie. El tratado paraguayo, pese a su solemne ratificación, era para Urquiza apenas una tira de papel; cuando más serviría para sacar mejor provecho a la imprescindible necesidad de apoyo del Imperio. Claro es que no lo dijo con esas palabras al representante del Reino Unido; pero a buen entendedor....”El vicepresidente me explicó que la Confederación, no obstante el tratado, no había hallado ninguna actitud amistosa en el gobierno del Paraguay...que si Brasil estaba determinado a declarar la guerra al Paraguay.....faltarían buenas razones para que la Confederación hiciera causa común con el Brasil” (nota citada).

3. INGLATERRA EN EL PLATA

Londres, 1852.

Al poco de caer Rosas, Palmerston dejaba la Cancillería; un gabinete conservador con Aberdeen en la jefatura y lord Malmesbury en el *Foreign Office* le sucedió.

A causa de Rosas, Inglaterra debió renunciar en 1849 a intervenir directa o indirectamente en el Plata: abandonó la República Oriental- su creación- a la voluntad de los orientales, renunció a navegar los afluentes del Plata y no sostuvo a los *bonoleros* contra el Restaurador argentino. Ahora las perspectivas eran otras: en Caseros, Brasil como en la fábula, sacó del fuego la castaña apetecida por el león y, como la fábula, debía impedir que el mono se la comiese solo, y reconociese la parte del león británico. No era difícil si se procedía con firmeza y habilidad: Brasil, que pudo imponerse en *Caseros*, eran más vulnerable para el Reino Unido que la Confederación Argentina de Rosas; lo demostró en el grave problema de la esclavatura.

La política en el Plata fue rechazada por Malmesbury al instruir a sir Charles Hotham en su misión pacífica al escenario de su gloria guerrera. 1) Lo más importante era borrar el tratado Southern de 1449 y sacarle al sucesor

²⁶³ *Ibíd.*, p. 455.

²⁶⁴ Confidencial de Christie a Clarendon, 31 – XII – 56, FO 6, 195/65, cit. por Scobie. A Los ministros ingles les bastaba con interrogar a Carril para saber los secretos de la confederación.